

The background of the book cover is a stylized illustration of a forest. It features several birch trees with white bark and dark horizontal lenticels, set against a dark, moody blue-green background. The foliage is rendered in various shades of green and yellow, suggesting sunlight filtering through the canopy. In the foreground, there are detailed illustrations of ferns and other forest plants in shades of green and brown. The overall style is artistic and atmospheric.

Ramón J. Soria Breña

SENDAS PERDIDAS

Rutas y caminos
poco transitados para perderse
por la España olvidada

**ANAYA
TOURING**

Ramón J. Soria Breña

SENDAS PERDIDAS

Rutas y caminos
poco transitados para perderse
por la España olvidada

ANAYA
TOURING

Para Teresa.



*Desde que hemos nacido viajamos
a ciento doce mil kilómetros por hora.
La Tierra no se para
y sigue dando vueltas,
por eso hay tanto viento,
por eso siempre hay olas,
por eso envejecemos tan deprisa,
por eso estamos locos,
porque toda la vida haciendo un viaje sin llegada
cansa mucho los nervios.*

Gloria Fuertes

*No te extrañe si cada mañana
despiertas con los pies cansados:
habrás estado toda la noche
caminando descalza por mis sueños.*

Ōtomo no Yakamochi



Para no perderse en este libro...

Mochila, bicicleta, palo de andar, sombrero y agua fresca	9
De contrabando por la Raya	15
La ruta de los espejuelos	25
Donde las Hurdes se llaman Cabrera	33
Viajando por cerezas	41
Huyendo por el Pirineo	49
Bajando el río que nos lleva	59
La ruta nacional cerderista	67
El camino volcánico del caracol	77
Hacia las playas extinguidas	87
Por las sendas de los agateadores	95
Una navegación por los mares subterráneos	103
Una gran aventura urbana	113
Cinco desiertos aquí al lado y una bermejuela	121
Siguiendo a los arrieros	131
Donde tocar el color amarillo	141
Las fiebres del oro y otros síndromes	151
La ruta ibérica de las especias	161
Viaje a por una navaja y un plato de loza	169
Un atajo a por vino	179
Una ruta garbancera	187
Islas en el horizonte	193
Epílogo: hacia Ítaca	201



Mochila, bicicleta, palo de andar, sombrero y agua fresca

Hoy es un lujo perderse. Pero hemos olvidado ese raro privilegio para el que se necesita tiempo, sabiduría y temple. Nos hemos acostumbrado a que perdernos, extraviarnos, sea un imposible gracias a los GPS y los teléfonos móviles. Hoy día los mapas o las guías de carretera de papel son una exótica antigüedad que solo usan unos pocos enamorados de lo retro. Perderse es hoy «perderse algo», no estar, o presenciar, o visitar o fotografiar para las redes sociales todo lo que es obligatorio ver, tocar y sentir en un viaje. Nadie se pierde ni quiere perderse nada.

Sin embargo, algunos viajeros siguen haciendo caso a cierto poema escrito en la ciudad de Alejandría en 1911: «Detente en los emporios de Fenicia / y hazte con hermosas mercancías, / nácar y coral, ámbar y ébano / y toda suerte de perfumes sensuales [...]». Estos viajeros saben que sobre el mito de Ítaca creció medio árbol de la cultura occidental, y el otro medio, sobre el mar, cualquier mar, antes de que tuvieran nombre.

Semanas después de estar en Ítaca llegué a la isla de Tabarca. Más tarde pasé unos días en La Graciosa. Como era invierno, no necesité imaginar cómo es el famoso sosiego de las islas y pude ponerme a escribir todo esto.

Hace años, siempre por azar o haciendo caso a Konstantinos, caminé por algunas sendas perdidas. Caminos poco transitados, muchos de ellos ya casi invisibles y cuyo trazo ya no estaba marcado en las arrugas de la Tierra sino solo en viejos libros o en la memoria de unas pocas personas que luego conoceréis. Después llegó un *boom* casi mundial y aparecieron todo tipo de guías visuales, folletos, webs o cuadernos de viajes con rutas más o menos inventadas, entretenidas, curiosas, en las que se detallaban los sitios que visitar, dónde comer o dormir, en qué mirador asomarse a hacerse un selfi, con sus mapas dibujados con gracia o descargables en formato *track* y también con la historia que había detrás, su sentido, la necesidad que lo trazó y lo mantuvo abierto. El pionero de estos inventos es el famosísimo *Camino de Santiago*, resucitado para el turismo mundial en los años setenta del siglo pasado. El último es la red de más de ciento cincuenta *Caminos Naturales* que puedes descubrir en la web del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación de España. He recorrido muchos y merecen la pena. Tenemos en esta web un plano convencional, una descripción textual, un tríptico con la información más importante, vídeos y una zona de descargas para que podamos bajarnos la ruta tanto en formato GPX como para Google Heart; también una aplicación y un visor cartográfico Sig con todos los caminos. Información actualizada, práctica y muy útil. Además, la mayoría de estas rutas estaban en verdad casi perdidas y ahora están limpias y bien señalizadas sobre el terreno con la cartelería recién clavada. Algo parecido, multiplicado por cien, han hecho las comunidades autónomas, diputaciones provinciales y ayuntamientos en sus respectivos territorios. Son perfectos, me encantan, he disfrutado mucho cuando he decidido hacer alguno de ellos.



Caminar por el mundo es siempre caminar por dentro.

Además de todo esto, hay aplicaciones para móvil gratuitas o de pago que nos permitirán descargar y seguir rutas que hicieron y grabaron para compartir otros usuarios o, también, diseñar a nuestra medida cualquier nuevo camino. Son estupendas, y yo las uso con frecuencia. No nos ofrecen un camino de baldosas amarillas como en *El mago de Oz*, pero casi. Sin embargo, todas tienen el mismo problema: que en ninguna viene marcado ese camino hacia Ítaca que tan bien nos describió en sus versos Kavafis.

Por eso, a mi editora, especializada en libros de viajes, le pareció una idea estupenda que escribiera una guía de rutas olvidadas, perdidas, no señalizadas, en las que existen muchas y muy diversas posibilidades de perderse en el *cul de sac* de un barranco lleno de aulagas, un bosque con lobos, un pueblo abandonado donde solo vive el *lobishome*, un camino cortado, una montaña nevada, un páramo desolado, una carretera sin asfaltar, las ruinas de una ciudad maldita que nadie marcó en ninguna parte... ¿Una guía para perderse en el sentido literal de la palabra? No, la intención de este libro no sería incrementar la lista policial de las personas desaparecidas, pero sí dar algunas pistas fiables a quienes quisieran hacer alguna de las rutas. Luego ellos y ellas deben echar mano de herramientas, saberes y gustos que no domina el turista medio, el viajero habitual o el dominguero al uso. Sitios donde no hay cartelería, pero sí indicios, no habrá chiringuitos, pero sí fuentes de agua fresca, no tendremos aparcamientos, pero sí un buen tronco derribado por el viento para sentarnos a merendar.

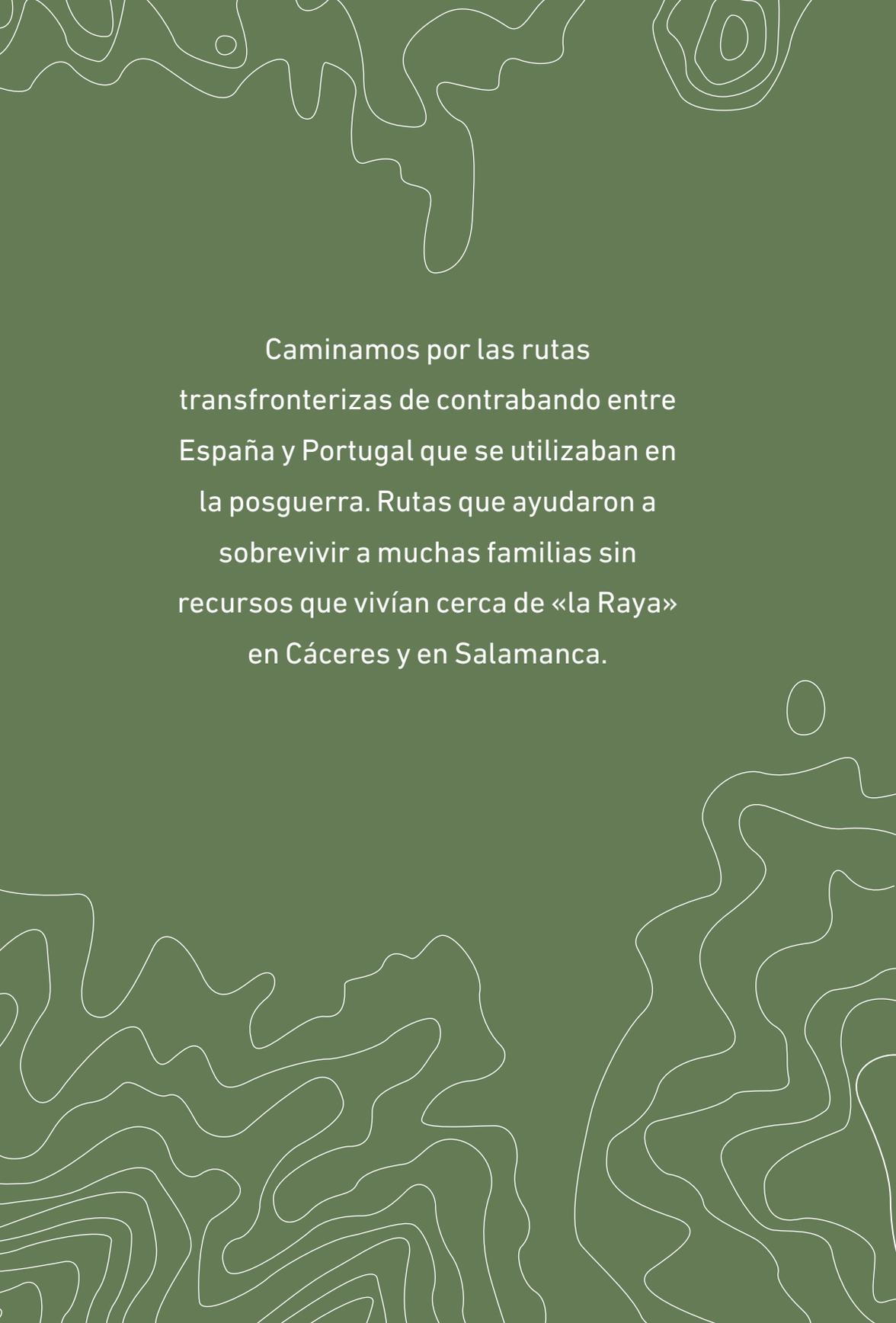
La RAE dice que una senda es un: «camino más estrecho que la vereda, abierto principalmente por el tránsito de peatones y del ganado menor». La palabra es preciosa, viene del latín *semīta* y significa ‘desvío o atajo de un camino principal’. Los caminos principales se trazan con otros criterios, como la rapidez para transitar de uno a otro punto o que puedan circular bien los carros (y luego los coches), pero las sendas son para las pezuñas, las garras y los pies. Robert Macfarlane o Bruce Chatwin descubrieron que en las viejas sendas seguía latiendo algo muy nuestro y remoto, en ellas recuperamos, recordamos nuestros instintos nómadas.

Hoy casi nadie las sigue. Muchas de estas sendas ya no están en los mapas o nunca lo estuvieron, pero sí en la historia, la literatura y la memoria de los viejos y viejas que aún viven y las caminaron muchos días. Cuando descubro una de estas sendas, la suelo recorrer varias veces para saborear y admirar cómo cambia el ca-

mino con las estaciones. Luego la tengo en la cabeza, me la aprendo casi de memoria, y así la puedo recorrer, cuando estoy en la ciudad, cerrando los ojos. Nuestro país, habitado, viajado, paseado y civilizado desde hace muchos miles de años, tuvo y tiene muchas sendas interesantes, muy utilizadas en otro tiempo y hoy borradas de la memoria y de los mapas modernos, realmente perdidas porque en muchos casos la desidia, la maleza o el afán enladrillador o asfaltador de muchos especuladores, progresistas o mangantes las han tapado para siempre. Rutas en las que el viajero andarín puede saborear lo que en otro tiempo fue una necesidad, una obligación tal vez penosa o quizá un placer.

Por supuesto, tengo una deuda con Robert Macfarlane y sus inolvidables *Viejas sendas* inglesas. También con el culo inquieto y curioso de Ander Izaguirre y la poética forma de viajar de María José Solano, pues utilizan los libros de literatura a modo de precisa guía Michelin. También con otros muchos escritores viajeros y viajeras. Debería citar a Chatwin y a Fermor, a Miller y a Reverte, a May Sheldon y a Gertrude, a Mary Kingsley y a Isabelle Eberhardt. Pero no lo haré porque han sido Robert, Ander y María José, su estilo, talante, curiosidad y valentía, los que de verdad me han acompañado cada día en la redacción de estas primeras rutas olvidadas.



The background of the entire page is a dark green color with white contour lines, resembling a topographic map. The lines are irregular and wavy, creating a sense of depth and terrain. The text is centered in the upper half of the page.

Caminamos por las rutas
transfronterizas de contrabando entre
España y Portugal que se utilizaban en
la posguerra. Rutas que ayudaron a
sobrevivir a muchas familias sin
recursos que vivían cerca de «la Raya»
en Cáceres y en Salamanca.

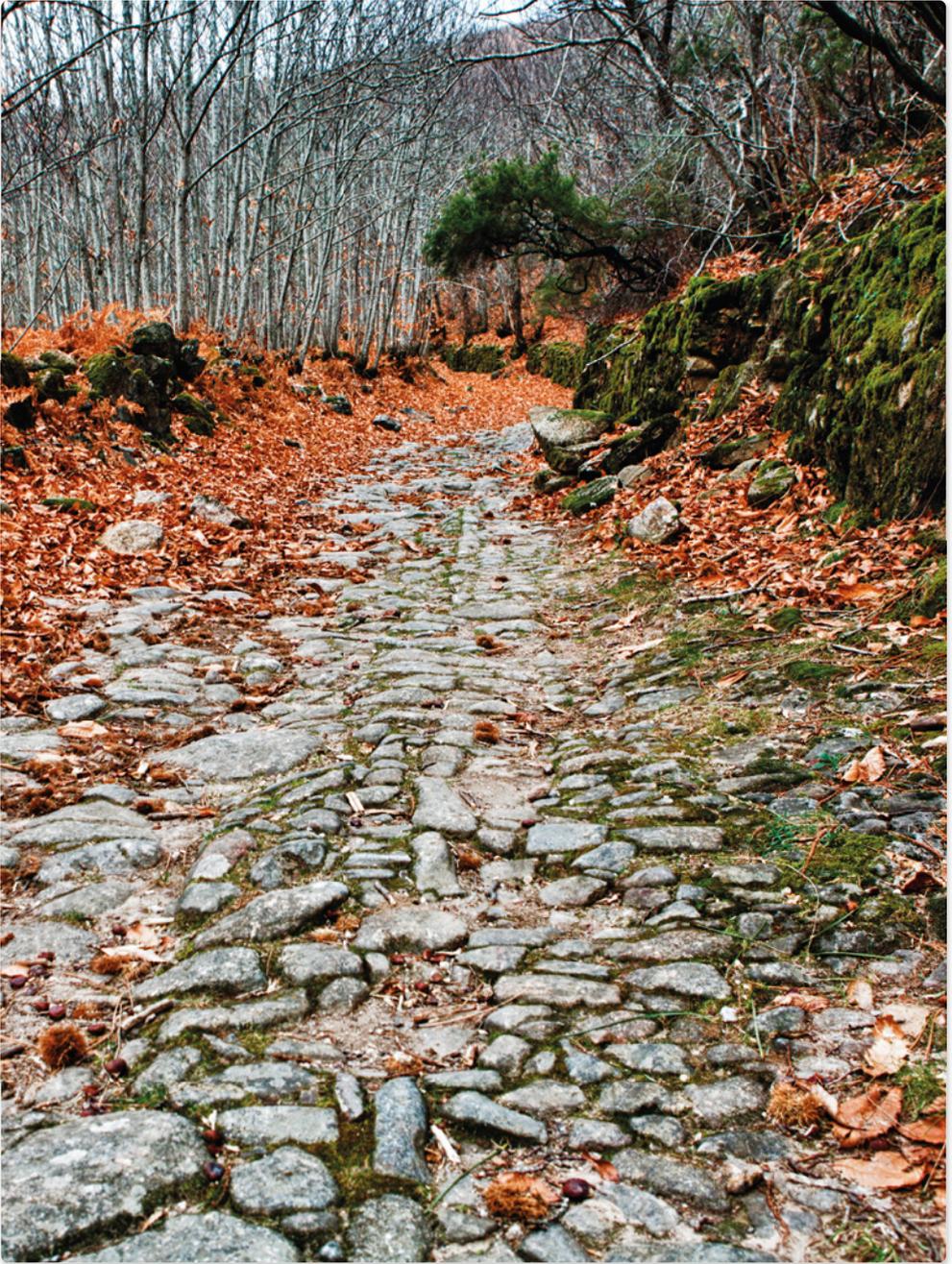
De contrabando por la Raya

- Pasarón de la Vera
- Plasencia
- Robledillo de Gata
- San Martín de Trevejo
- Castañar de Ojestos
- Puerto Viejo
- Aldeia Velha
- Salamanca

Siempre que hago un viaje disfruto con su planificación, documentación y el estudio de dónde, quiénes y por qué. La literatura y la historia ya me intrigaron antes de tomar la decisión de este o ese camino. Nunca llevo guías al uso porque no me siento viajero, solo paseante, y jamás tengo la ambición de verlo todo o estar en todas partes, sino de ver un poco y estar en pocos sitios, a veces solo en uno, y muchas veces vuelvo al mismo.

He venido muchas veces a la sierra de Gata, dormido en Robledillo, desayunado ensalada de naranja con bacalao, aceitunas y pimentón y parado en San Martín de Trevejo para tomar la calzada romana, o medieval o furtiva hasta el puerto de Santa Clara, pasando por el castañar de Ojestos, que es uno de los bosques de castaños más grandes de España. Siguiendo este camino de contrabandistas, llegas hasta la Raya con Portugal, que, como todas las fronteras a las que no pusieron vigilantes o alambre de espino, solo es una línea invisible e imaginaria.

SENDAS PERDIDAS



Calzada romana de San Martín de Trevejo.

Pero hubo otro tiempo no tan lejano en que se pasaba la frontera para comprar en Portugal alimentos o chismes que escaseaban en España y comerciar con ellos. En Extremadura la mayoría de este mercadeo lo hacía gente humilde como Octavia.

En los años cuarenta Octavia era una mujer joven, fuerte y decidida de un pueblo algo lejano de esta raya llamado Pasarón de la Vera. De cuando en cuando, ataviada con un gran abrigo de invierno lleno de bolsillos interiores, caminaba hasta Plasencia por sendas poco transitadas, ayudada a veces por algún vecino que tenía mula y casi siempre sola, en ocasiones también en autobús, gastando unas pesetas para tomar uno de esos cacharros de motor asmático que tardaba dos horas en hacer los treinta kilómetros que separan ambas poblaciones y al que paraba de cuando en cuando la Guardia Civil caminera buscando huidos, fugitivos o estraperlistas sin permiso. Desde Plasencia, tras descansar en la casucha de unos familiares, tomaba de nuevo el camino romano o alguna senda menos frecuentada que conectaba la pequeña ciudad con la comarca de la sierra de Gata. Más de cien kilómetros a pie o en mula, si tenía la fortuna de haber acordado la ruta con otros como ella. Sobra decir que siempre de noche, sin luna, cuando era más difícil que estuvieran vigilando los guardias. No es poca cosa hacer cien kilómetros a pie por caminos apenas marcados en aquel tiempo atroz en que los mejores encuentros en la Raya podían ser los lobos.

Por eso hago este camino de noche, pero es verano y el cielo está lleno de estrellas. Dicen que nos empujaron a viajar la rapiña y el comercio. A veces el hambre y el miedo al invasor. También la curiosidad y la fantasía. Conociendo a los antiguos, me creo que Piteas, un griego de la antigua Marsella, en el siglo IV a. C., navegase hacia el mar del Norte, Groenlandia y el océano Glacial Ártico buscando quién sabe qué metales o sirenas. Es Estrabón quien nos lo cita más de dos siglos después, pero no importa, de Estrabón me creo lo real y lo inventado. Viajar a pie o a vela, da igual si

utilizamos un bajel fabricado en fibra de vidrio o unas modernísimas zapatillas con plantillas de silicona, nos hermana con los que fuimos: fenicios, griegos o romanos en sandalias de cuero sin curtir y barquitos de madera de ciprés o pino de Alepo. Viajando así, con estos medios —pies o viento—, somos casi los mismos. Por eso esta vez hemos querido volver a la noche, la brújula y el mapa de papel, refrescar lo que aprendimos en la adolescencia, cuando no había GPS ni telefonillos. A veces perderse, en lugares de poco riesgo, nos permite toparnos con alguna sorpresa afortunada, aunque en pagos peligrosos distraerse equivale a despeñarse y adiós a todo esto.

Esta ruta invisible hacia la frontera portuguesa era una de las que tomaba Octavia, aunque tenía varias. Escucho los grillos, ya no hay lobos, ni policías de abastos, ni miedo y hambre, pero sobrecoige oír nuestros pasos en las piedras de la senda romana mientras intentamos orientarnos por la estrella polar, como los antiguos, quizá como ella. Es fácil seguir hacia el oeste dejando « α Ursae Minoris», que así se llama la estrella, sobre nuestro hombro derecho, aunque sigo pensando en el paseo en bicicleta que comenzaremos dentro de una semana por Finmark. Algo nos atrae del norte. El propio cartógrafo Gerardus Mercator creía que había una gigantesca «Rupes Nigra et Altissima», una montaña de roca magnética que movía la aguja de la rosa de las brújulas. La roca, en el centro del Polo, rodeada de remolinos de agua, aparece en su mapa póstumo. Hay un libro de viajes desaparecido titulado *Inventio fortunata*, escrito en el siglo XIV, en el que se describe el asunto, pero solo conocemos la misteriosa roca por un resumen de dicho texto titulado *Itinerarium* y compuesto por un oscuro alemán llamado Jacobus Cnoyen. Lo cierto es que esa leyenda de origen romano o más antigua asombra cuando sabemos que el explorador Robert Peary robó en 1894 un gran meteorito de hierro a los inuit y luego vendió la roca al Museo Americano de Historia Natural en la ciudad de Nueva York por cuarenta mil dólares. Para



los inuit aquella roca prodigiosa era la única fuente de hierro para fabricar unas pocas herramientas de metal, puntas de arpón, pequeños cuchillos o algún adorno. Apenas tres años después Julio Verne, tal vez viejo y sin ideas, deseando continuar o hallar la solución del misterio de *Arthur Gordon Pym* que había escrito años antes Edgar Allan Poe, al final de su novelita *La esfinge de los hielos*, sitúa la monstruosa montaña ferromagnética en un lugar inexplorado del Polo opuesto, el Sur. Todo se perdona a los fabuladores, sobre todo a uno como Verne, pero la verdad es que la codicia



Contrabandistas de café.

del «hombre blanco», se llame Peary o Elron, con pretextos económicos, científicos o políticos, nunca ha tenido fondo o final ni ética.

Octavia no sabía leer, pero le gustaba escuchar historias inventadas y que su nieto le leyera precisamente estas novelas de Verne. No viajó hasta el Polo Norte como Peary, pero yo no dudo de que por entonces estas sendas de aquí eran mucho más peligrosas. Cuando mi amigo me habló de su abuela, esta ya había perdido la razón, tenía ochenta años y de cuando en cuando se despertaba de noche gritando: «¡que vienen, agachad, agachad, que vienen los guardias!». La mayoría de las contrabandistas o estraperlistas que se arriesgaban a estos viajes eran mujeres, viudas, con familia, sin recursos, ni tierra, ni trabajo. Olvidemos al famoso y tópico estraperlista del puro habano, el fajo de billetes y el «Aiga», que así se llamaban los grandes coches, casi siempre un Buick americano de antes de la guerra. Tras cruzar la frontera y comprar, el abrigo trucado de Octavia volvía lleno de café, chocolate, penici-



Todavía quedan chozos para descansar.

lina, tabaco americano o cualquier otra mercancía para revender rápido y poder mantener con la plusvalía de este comercio ilegal a sus cuatro hijos.

Más atrás, en otro tiempo aún más remoto, también nos empujó a viajar cierto instinto de nómadas. La célebre, gigante e inexistente Rupes Nigra magnética tenía su sentido. El mineral de magnetita ya lo conocía Tales de Mileto, y en el siglo II a. C. los chinos inventaron una brújula cuchara que se deslizaba por un plato pulido de bronce hasta señalar el norte y el sur. Ahora utilizamos aleaciones de neodimio, hierro y boro para fabricar los imanes más potentes que contienen todos los motorcillos, incluidos los motores de los coches eléctricos, y los generadores eólicos que baten sus palas por todos los horizontes; también los móviles y los miniauriculares inalámbricos con los que todo el mundo tapa los sonidos de la vida. Hace un rato he pasado muy cerca de uno de esos gigantescos molinos de viento, y por eso me he acordado de nuevo de Verne. Si alguien dio brillo a los viajes aventu-

SENDAS PERDIDAS

Hoy día es un lujo ir despacio y también es un lujo perderse. Sin embargo, todavía es posible caminar por sendas poco transitadas, muchas de ellas casi invisibles, cuyo trazo ya no está marcado en las arrugas de la Tierra sino en viejos libros o en la memoria de unas pocas personas.

En la actualidad, lamentablemente, el significado de perderse ha quedado reducido a «perderse algo», a no estar, o presenciar, o visitar o fotografiar para las redes sociales todo lo que nos dicen que es obligatorio ver, tocar y sentir en un viaje. Nadie se pierde ni quiere perderse nada. Por eso contamos con todo tipo de guías, folletos o páginas web con rutas más o menos entretenidas en las que se detalla qué visitar, dónde comer o dormir o en qué mirador asomarse a hacer un selfi, y aplicaciones de móvil que nos permiten descargar el itinerario que debemos seguir. Estas herramientas no nos ofrecen un camino de baldosas amarillas, como en *El mago de Oz*, pero casi. Sin embargo, todas presentan el mismo problema: en ninguna viene balizado ese camino hacia Ítaca que tan bien nos describió en sus versos Kavafis.

Por eso este libro incluye rutas que a veces se esconden, o saltan o dan vueltas sin llegar a ningún sitio. Con frecuencia no están señalizadas, por lo que existen muchas y muy diversas posibilidades de perderse en el *cul de sac* de un barranco lleno de aulagas, en un bosque con lobos, en un pueblo abandonado donde solo vive el *lobishome*, en un camino cortado, en una montaña nevada, en un páramo desolado o en las ruinas de una ciudad maldita que nadie marcó en ninguna parte. Este libro es una guía para perderse en el sentido literal, y casi olvidado, de la palabra.

Robert MacFarlane o Bruce Chatwin descubrieron que en las viejas sendas seguía latiendo algo muy nuestro y remoto. El ritmo al caminar de estos dos viajeros también lo encontramos en la bicicleta de Ander Izaguirre y en la poética forma de viajar de María José Solano Franco, que utilizan los libros de literatura a modo de precisa guía Michelin. Al igual que Patrick L. Fermor, Henry Miller, Javier Reverte, May Sheldon, Mary Kingsley o Isabelle Eberhardt. A ellos me encomiendo, con ellos y ellas camino aquí.